

Carazamba

Virgilio Rodríguez Macal



índice

Virgilio Rodríguez Macal	3
Capítulo I	4
Capítulo II	5
Capítulo III	6
Capítulo IV	8
Capítulo V	10
Capítulo VI	12
Capítulo VII	14
Capítulo VIII	16
Capítulo IX	17
Capítulo X	20
Capítulo XI	20
Capítulo XII	22
Capítulo XIII	23
Capítulo XIV	25
Capítulo XV	26
Capítulo XVI	27
Capítulo XVII	29
Capítulo XVIII	30
Capítulo XIX	31
Capítulo XX	35
Capítulo XXI	36
Capítulo XXII	37
Capítulo XXII	40
Extracto del libro	43
Comprobación de lectura	44
Glosario	45

Virgilio Rodríguez Macal

Nació en la ciudad de Guatemala, el 28 de junio de 1916 y falleció el 13 de febrero de 1964. Periodista, novelista y diplomático. Logró varios premios tanto nacionales como internacionales, entre los cuales pueden mencionarse: el Primer Premio en Prosa, en la rama de novela, los Juegos Florales de Quetzaltenango de 1950. La mayoría de sus obras se ambientan en las selvas del Departamento de Petén.

Resumen



El historial de Carazamba dio principio cuando tenía catorce años. Nació en un poblado cerca del Motagua. Su pueblo la bautizó con el nombre de Carazamba, pero su verdadero nombre fue María. El sobre nombre se debió a su aspecto físico: morena, casi mulata, pero de facciones perfectas.

¡Aquella vez, hubo uno!.. El más audaz quizá, que la esperó a la orilla del río. La daga (arma blanca) al cinto y el pañuelo en el pescuezo. El hombre **atalayaba** a Carazamba al pie del amate. Allí, Carazamba conoció el dolor. En ese instante, Carazamba mordió hasta sangrar los labios del hombre. En un descuido de éste, cuando daba por terminada la batalla, la hembra le arrebató su propia daga y de un solo golpe la hundió en su pecho, dejándolo clavado en la arena.



Carazamba se libró de la cárcel. Su relato era corto y evasivo. Su mirada altiva y serena de aquellos ojos hechizantes. . . hizo que flaquearan los jueces, más al Jefe Político del Departamento. “El canalla halló su merecido con esa patoja valiente“. “No es cosa de estar abusando de las muchachas así nomás”, y así fue como salió libre Carazamba. Pero el Jefe Político se la llevó a su finca. Carazamba pareció agradecer. Ya con diecisiete años su cuerpo se había acentuado. Todos la respetaban porque era la querida del amo y, él la “adoraba”. El Jefe Político abandonó sus quehaceres a su mujer e hijos por no separarse un solo instante de la muchacha. El Jefe Político prohibió que llegaran a la hacienda cualquier clase de hombres, solamente mujeres y viejas podían llegar. Pero un día, llegó un correo de la cabecera. Entró el Capitán Martínez, ayudante de confianza del amo. Era un militar joven y apuesto.



Por fin llegó al lado del hombre que esperaba. “Cuánto has tardado en venir, mi amor” —dijo el Capitán Martínez. “!No! Ahora no! Soltame! ... Después” - “Ha costado que se durmiera” —dijo Carazamba

El Capitán Martínez dijo: “Pero mi amor... ¿Aún persistes en la idea? ... ¡Mira que nos vamos a desgraciar los dos!
“ “Si tenés miedo, decilo diuna vez y me voy a acostar!
Dijo Carazamba. “No, no es miedo.... Ya te dije que mi Coronel sospecha y, ya ves, no me importa. Pero un asesinato así, a sangre fría...” “!Si querés que nos vayamos juntos, no hay más remedio! El Capitán Martínez dijo: “!Si fuera siquiera con pistola!... Pero con cuchillo”... Te dejo la puerta de su cuarto entreabierta... Está fondiado, así que no te va a sentir - dijo ella.

Repentinamente, levantó el cuchillo y lo clavó hasta la

empuñadura en el corazón del dormido. En ese momento, se abrió de golpe la puerta de una habitación vecina. En camión, estaba Carazamba! En una mano levantaba en alto una lámpara de gasolina y en la otra empuñaba la 45 del Coronel... El Capitán al ver la expresión de Carazamba, lanzó un alarido espantoso, que fue apagado por los disparos de la 45.

¡Los periódicos hablaron del asesinato del Coronel! Carazamba compareció ante los tribunales y fue absuelta. Estuvo presa un mes, y de nuevo libre.

Un periodista joven, entusiasmado por la leyenda que rodeaba a esta mujer, decidió hacer el reportaje más sensacional de su carrera y partió en su búsqueda. A los seis meses volvió el periodista. Ni escribió nada, ni habló nada. Pero a su regreso, se dedicó en cuerpo y alma a la bebida. Al tiempo, lo encontraron en el cuarto con un revólver y un orificio en la sien.

IV

Tenía yo treinta años cuando el destino puso en mi camino a Carazamba. El camino negro de mi vida comenzó entonces. Mi madre, quiso disuadirme de cortar mi carrera, pero yo estaba decidido. Y me dediqué a lo mejor que podía dedicarme: a maderero. Hice contratos con casas norteamericanas para la entrega de caoba. Acababa de embarcar el último lote de trozas. Ya sólo me quedaba Pedro a quien pensaba recompensar espléndidamente y de quien, no había querido aún separarme. ¡Fue en Livingston! cuando vi a Carazamba por vez primera.

Sentado con Pedro en un salón de refrescos, me llamó la atención una mujer de cuerpo espléndido. Iba peinada a la española (pelo liso y atrás recogido con un moño) Ella entró acompañada de Míster Burgess y el Mayor Juárez. Al cabo de unos minutos, vi que se levantaba y colocaba su asiento a manera de quedar frente a mí. En ese instante,

sentí la presión de la mano de Pedro sobre mi brazo. “¿Qué le pasa patrón?” “ . . . Ya lo he sangoloteado tres veces y no me siente..” Pedro me explicó: “Es la querida de Burgess. ¡Mal le va a ir con ella, al muy salado! ... ¿Sabe quién es ella? ¡CA-RA-ZAM-BA! ¿Era ella la mujer-demonio de quien tanto había oído hablar?

¡Una sensación de horror y de asco me invadió! Pero cuando abandonaron el salón, un olor a jazmín me envolvió y se fue a meter muy hondo dentro de mi ser.

Yo no me iba de Livingston, primero, porque esperaba que Pedro terminara la venta de nuestro equipo de campamento y segundo, porque deseaba, antes de irme definitivamente de la región, dedicar dos o tres días a la pesca en el lago. Posiblemente había otra razón, que yo no quería reconocer: el deseo de ver de nuevo a Carazamba.



¡Por fin hablé con ella! El día se anunciaba esplendoroso. Vi el vaporcito (barco pequeño), y alguien me dijo que el Jefe Político había amanecido en Livingston para salir de pesca. Regresé al hotel y Pedro me entregó una invitación del Jefe Político, para acompañarlo a la pesquería. Aquel día fue de los más inolvidables. Éramos ocho a bordo, además del maquinista y de un criado negro que no se cansaba de pasar tandas de high-balls y refrescos. Fue una sorpresa al encontrarme a Míster Burgess y a “su hembra” como compañeros de viaje. Luego supe que Carazamba, le pidió al Jefe Político que me invitara. Los otros invitados eran un gringo y su señora, una dama ya entrada en años. Carazamba no se interesaba por pescar, o no sabía. Antes del almuerzo, el gringo y su señora dispusieron bañarse y yo los acompañé gustoso... Míster Burgess se disgustó cuando Carazamba dijo que también ella iba a darse un chapuzón.

Al poco rato noté que la muchacha hacía esfuerzos por alcanzarme. Entonces, me detuve y salí a la playa. Conforme su cuerpo iba saliendo del agua, comencé a verlo con indiferencia, pero cuando toda la maravilla de aquella naturaleza prodigiosa estaba ya en la arena y venía despacio hacia mí, ya no pude quitar los ojos de aquellas formas hechas por el demonio para la locura y el placer...

No sé cómo, pero un instante después la tenía entre mis brazos. “Te quiero con toda mi alma” —me dijo suavemente. Yo me levanté de un salto. “No le va a gustar nada a Míster Burgess” - Le dije.

Cuando vi la cara que me hizo Burgess al aproximarme al grupo, aún me arrepentí más. Yo disimulaba tomando mi whisky y hablando en inglés con la señora, cuando apareció Carazamba. Entonces se dirigió a ella y los vi apartados del grupo discutiendo.... Por la tarde, al terminar el viaje, el Jefe Político estuvo muy cordial al despedirse,

estreché la mano a mis acompañantes y me despedí de Burgess con un “buenas noches” seco y cortante.

Cuando me inclinaba frente a Carazamba, ella lo hizo hacia mí: “!Sepa usted que Burgess me importa un pito!

...



Estaba decidido a irme de Livingston. Pedro se ausentó al día siguiente. Había llegado a un acuerdo definitivo con el cliente para el equipo de campamento.

Nos vimos dos días después. Traté de esconderme. “No se vaya”. —me dijo Carazamba. ¡Quiero hablarle! ¿“Por qué me huye?” me dijo. “He tratado de verlo desde ayer” —”... “Sepa usted, señora” —le dije por fin en tono pausado— ¡que no me interesa en absoluto lo que pueda sentir por mí! Lo de la playa no fue sino una locura. Me fui al

hotel y bebí una botella de whisky, diciéndome: ¡Qué me importa aquella hembra lujuriosa y maldita!. . . “!Cuando vuelva Pedro, me iré de aquí para siempre!

En el hotel, estaban Burgess y el Comandante y al lado de éste, ¡Carazamba! Ellos iban armados. Al pasar frente al trío, oí que el comandante decía: “!Déjelo! . . . ¡No vale la pena! ¡Ya se va, corriendo de miedo! Subí a mi cuarto y luego volví al bar, algo extraño debía haber en mí, porque los criados desaparecieron. Burgess me observaba en silencio. El Comandante estaba pálido y se movió intranquilo en su asiento. Carazamba quedó inmóvil. ¡Levántese, perro maldito! —dije a Burgess ¡Ahora quiero que vuelva a insultarme, inglés hijue puta! Al instante, mi 38 comenzó a disparar... Una, dos, tres veces. Burgess se tambaleó y cayó. El Comandante estaba de pie y, al tiempo que Carazamba lo empujaba, sonó el disparo de su revólver, que hizo añicos el espejo del mostrador a mis espaldas. Entonces disparé los tres

tiros restantes y el Comandante, lanzando un grito cayó... sentí la mano de Carazamba que me apretaba el brazo con fuerza. Yo la empujé brutalmente a un lado y salí del hotel. ¡En la calle, alguien me tomó de un brazo, la mano de un hombre! “! Véngase por aquí, pero ligero! “ —oí que me decían.

VII

Me costó trabajo volver a la plena conciencia. Me hallaba acostado en un catre de lona. “¿Ya despertó, patrón?” —me dijo Pedro, entrando con rapidez. ¡Mi bueno e inseparable Pedro! ¿Qué estoy haciendo en la covacha de la Ná Cantel?” “Lino, el mulato oyó anoche los plomazos del pleito, usted iba tambaleándose y con el cuete (pistola) en la mano... ¡Lino lo agarró del brazo y se lo jué trayendo hasta aquí! Mandé a Lino y la Cantel a traer noticias y algo de comer.

¿No se salvó ninguno? Pregunté. El gringo murió instantáneamente. El Comandante aguantó vivo cinco minutos. Lo malo es que el cónsul inglés vino hoy pal entierro, acompañado del Jefe Político desde Barrios, exige que lo capturen a usted. ¡Fue legítima defensa y ya lo probaré!

Tomé un whisky y un caldo de huevos con apazote. Después me contó que en el pueblo todos estaban de mi lado. Noté de pronto que la Cantel, estaba nerviosa. La india vacilaba, presa de verdadera nerviosidad. “Qué, desgraciada”—gritó Pedro. ¡La india se asustó de verdad! Y dijo: Resulte que yo tener güena marchante pagar güen piste, este mujer Carazambe. Hoy timprane yo ir verla pa llevarle yerbites que me encargó pa hacerle brujería de amor a un su hombre que la dispreseye. Cuando me dije tu nombre, quedarme asustade y entonce eye agarrarme de la trenza y decirme que yo saber dónde vos estás, patroncite y que eye darme mucho piste si yo decirle...

Carazamba le dio a la india un papelito que decía: “Por la Cantel he sabido que usted está cerca. Tenga prudencia porque lo buscan. Sólo hay escape hacia México. Si acepta mi ofrecimiento, dígame a dónde le mando la lancha esta misma noche para que se vaya.

“¡No le haga caso! “ —me dijo Pedro. Repentinamente, tomé un lápiz, y escribí rápido y breve. Le decía que esperaba la lancha esa misma noche, a las doce en punto en la playa, frente a la casa de la Cantel.

VIII

Unos minutos antes de las doce, llegó la lancha. La lancha llegó guiada por un negro. Atracó suavemente a la playa, era una lancha automóvil Higgins, de último modelo. El negro de la lancha no habló hasta que estuvimos a bordo.

“Ustedes colocarse aquí adelante. Los bultos ir atrás. Usted, Míster, poder ordenar lo que quiera al negro John”.

Nos fuimos alejando en silencio. Media hora después, había desaparecido Livingston.

“Aquí ya no oírse motor”... Oprimió el botón de encendido y la máquina arrancó. Al instante comenzamos a correr por el mar en dirección a Belice.

“¿Hasta dónde me lleva ahora?” —pregunté un poco tímidamente. “Seguir adelante hasta lugar seguro dónde poder dormir un poco” —fue la respuesta.

IX

Cuando desperté la mañana siguiente. Eché un vistazo a mí alrededor y el paisaje no podía ser más bello. Me desvestí rápidamente y me lancé al agua. Cuando salí a flote, vi que Pedro me observaba desde la orilla con una cara de profundo disgusto. Cuando asenté pie y me disponía a salir, Pedro me contuvo. “No vaya a salir así, desnudo” —me dijo serio—. Regrese a la lancha y vístase.

Hay moros en la costa. Fue tal su gesto de seriedad y su apariencia de enojo que me quedé un rato inmóvil y en silencio. ¡Mire! Una exclamación con toda espontaneidad.

Y allí se acercaba Carazamba. Después, vi que levantaba el brazo y sonriendo con la más feliz de las expresiones “¡Buenos días haragán!” —me gritó festiva.

¡No sabía qué pensar ni qué hacer! En ese momento, Míster John y Carazamba preparaban el desayuno. ¿Qué diablos había venido a hacer esa mujer acá?-dije.

Luego, poco a poco fui contemplando la posibilidad de que aquella mujer, acostumbrada siempre a que los hombres la persiguieran como lobos hambrientos... Por vez primera se había encontrado con alguien que, no sólo no la perseguía ni la asediaba, sino que le mostraba a indiferencia.

Embarcamos de nuevo. Hasta ese momento nada

habíamos dicho ni comentado sobre los sucesos trágicos que motivaron el viaje. “Ojalá le haga a usted tan buen tiempo al regreso como el de ahora” —dije de pronto.

¡No sé de qué regreso me habla! ¡No pienso regresar nunca!- dijo Carazamba. Mister John tenía que regresar a la mañana siguiente. .. ¡Y con él Carazamba!

Mister John se puso a preparar la cena, ayudado por Carazamba. Mientras comíamos alrededor del fuego, le dije: “! Mañana, de madrugada se va usted con Mister John de vuelta! ... No sabe lo que agradecemos este gran favor que nos ha hecho”. Mi tono era amable pero firme. ¿Por qué no la dejaba seguir conmigo? Nos fuimos a dormir. Algo me despertó repentinamente, era el motor de la lancha... ¡Se fue Mister John! ... ¡Se llevó la lancha! —dije balbuciente.

No!.. . ¿De veras?.. . ¡Qué lástima! Dijo Carazamba con algo de burla.

X

Al tercer día estábamos en la selva. Carazamba trataba de hacerse perdonar de mí por la jugarreta que nos hizo con Míster John y la lancha para poder seguir con nosotros. Por las noches, guindaba su hamaca lo más apartada de las nuestras y yo lo atribuía a que deseaba completa independencia en esos momentos.

Instalamos nuestro campamento en forma más estable. Pedro salió a buscar un cayuco. Caía la tarde y Pedro no volvía... Entró la noche, cenamos abundantemente, hasta un trozo de perro de agua que Pedro, antes de irse, había ahumado... ¡Mi amigo no volvió!

XI

La mañana siguiente encendí el fuego. Cuando ponía a hervir la cafetera, Carazamba llegó a mi lado. Me sentía preocupado por Pedro y estaba atento a los ruidos del

bosque. ¡Nada! ¿Qué podía haberle sucedido a mi capataz? En la tarde cuando oí unos gritos lejanos que venían del río. Carazamba me miró, con susto. Tomé la 300 Savage. Y, de pronto reconocí la voz de Pedro. “Ey, patrón... Soy yo, Pedro... No se vaya a asustar”... Apareció con un cayuco tripulado por seis hombres. El que venía adelante, cerca de la proa, era Pedro. “Agachate Pedro” —le grité rápidamente— “¡Que voy a disparar! Pedro no había hecho caso de mi indicación. ¡Al contrario! Se puso de pie en el cayuco. “¡No tire, patrón! . . . ¡Son amigos!

Los amigos de Pedro nos contaron todo lo que se ha escuchado de la huida. Las noticias no podían haber sido peores. “¿Qué opinás, vos Pedro? ¿Qué crees que debemos hacer?” “¡Todo ha cambiado, patrón! Supongo que ya no tendrá intenciones de mandar de güelta a la mujer. Ya ve, a eya la buscan más que a usté”. “¿A dónde vamos ahora?” “¡Nuay más remedio que seguir pa lante! Pedro, te voy a pedir un favor; no le digas ni media palabra a Carazamba

de que a ella también la buscan. . . ¡Pobrecita! “Qué le guá andar diciendo nada, si ni le hablo. Dijo Pedro.

XII

A la tarde siguiente, desembocamos, por fin a la sabana petenera. Logramos comprar dos mulas. Al llegar, limpiamos con los machetes un buen trecho de maleza y allí tendimos nuestras hamacas. Comimos y nos preparamos a dar un paseo. Yo iba adelante. Seguíame la muchacha, caminando casi junto a mí. Pedro cerraba la marcha. Sólo mi foco iba encendido, para no desencandilar al animal con la luz de otro. Avanzábamos paso a paso alumbrando el camino, temerosos de las serpientes. Pronto vi un gran número de ojos de fosforescencia amarillo-verdosa, peculiar de los venados. Disparé y luego me fui acercando despacio hacia el sitio a donde había disparado. El venado estaba tendido. Pedro sin más ceremonias, procedió a maniatarlo y a preparar el **mecapal**.

XIII

Días después, habíamos dejado atrás la sabana (llanura). Lo difícil allí era seguir el rumbo, pues todo era exactamente igual y uniforme. Se oyeron unos disparos. Pedro fue a investigar. Buscaría a los que hicieron los disparos. Debía aparecerse diciendo que acababa de cruzar el río. Pedro dejó el revólver para evitar toda clase de sospecha y tan sólo se llevó su hamaca, una bolsita con víveres, el machete y su escopeta. Todo esto para despistar. ¡Me quedé de nuevo solo con la muchacha! Estábamos preocupados. Buscamos un lugar adecuado para colgar nuestras hamacas. No creí que Pedro regresara esa noche. Al poco rato, me llamó Carazamba. “Venga me dijo suavemente.

“¡Acérquese a mi hamaca, que quiero hablarle! No tenga miedo. Me levanté despacio y me acerqué a la hamaca. Ella levantó el mosquitero para que yo entrara y me senté a su lado. “ ¿qué se le ofrece? “, le dije “¡Desde lo de la otra

noche... quería hablarle! “ “Usted me cree una asesina sin alma y sin sentimientos. Puede ser que tenga razón en... muchas cosas, pero sí tengo sentimientos “

¿Recuerda lo que le dije aquella vez en la playa? ¡Pues era cierto! !Su voz se quebró en un sollozo y todo giró a mí alrededor! De pronto, vi que ella se caía sobre mí... Busqué sus labios rabiosamente — ¡la mordí, la estrujé, y ella devolvió mis caricias entre risas y sollozos, y ya no quise irme de allí por nada del mundo!

Pedro, como no encontró a nadie, se metió al agua, se puso la ropa sin secarse para decir que había cruzado el río, y de esta manera siguió descendiendo hasta que dio con una gran lancha de gasolina amarrada a un tronco. Pronto, fue descubierto por un grupo de soldados. Pedro se acercó tranquilamente. Eran diez en total. Le hicieron mil preguntas y quedaron satisfechos con sus respuestas. Pedro pidió permiso para pasar la noche con ellos, a

lo que accedieron gustosos. Después, les fue sacando el objeto de su viaje. Le contaron que estaban allí para atrapar a unos fugitivos, que resultamos ser nosotros dijo Pedro. Le dijeron que había muchos ríos llenos de soldados ya que el Presidente mismo, había ordenado la captura. ¡Pedro estaba descorazonado!

XIV

¡Los días que siguieron fueron de verdadera pesadilla! Por vez primera vimos a los grandes monos saraguates brincando sobre nuestras cabezas. Todo era igual, igual, igual, desesperantemente igual. Pedro perdió el rumbo. Íbamos de arriba para abajo durante seis días, con la angustia terrible de sentirnos perdidos. Pedro no conocía la región, pero la geografía de su departamento se la sabía al dedillo (que sabe con detalle y seguridad). ¡Por fin llegamos al Santa Amelia...!.

XV

Al día siguiente, mientras almorzábamos, fui notando que ¡Pedro se ponía nervioso! Algo notaba Pedro en el ambiente “¡Lancha! —gritó Pedro, corriendo echó tierra sobre la hoguera. Tomamos las armas y nos fuimos a ocultar. La lancha estaba cerca por fin, la vimos aparecer. ¿De manera que habían tomado tan en serio nuestra persecución? No cabía duda que era el propio presidente quien lo había ordenado. Carazamba me tomó la mano y me miró largamente, con los ojos llenos de lágrimas. “No hay duda que quieren cogerte vivo o muerto” —me dijo amargamente. Nos vestimos e iniciamos la marcha inmediatamente. Retornaron las horas terribles de angustioso avanzar. Las noches eran húmedas y tristes. Era entonces cuando yo buscaba cobijo en los brazos de Carazamba. Cuántas cosas me contaba. Hubo, sin embargo, cosas que no quiso decirme nunca y cuando yo insistía en saberlas y me enojaba sus negativas,

lloraba calladamente. . - Jamás pude sacarle, una palabra sobre sus viajes. Cuando insistía en ello, rompía a llorar desconsoladamente. “No me preguntes” —decía sollozando—. ¡Y yo, entonces, trataba de calmarla para que se durmiera.

XVI

¡Por fin llegamos a el San Juan! Acampamos, siempre alertas. La última noche que estuvimos en el San Juan, tuvimos una extraña visita.

“Buenas noches” —dijo la voz. Perdonen mi manera de presentarme pero soy un solitario viajero en busca de un lugar dónde pasar la noche. Llevaba una escopeta que inteligentemente Pedro se la arrebató, así como el machete envainado que pendía de su cinturón. “Muchísimas gracias, señor” —dijo el tipo, queriendo demostrar que aquella maniobra la interpretaba como un acto de amabilidad. “Estoy rendido y, si son tan amables,

me sentaré junto al fuego”. Nos explicó que era de la ciudad de Flores, en donde tenía “muy buena posición social”; que era dueño de un almacén... Todo esto lo iba relatando con un palabrerío rebuscado y pedante, tratando de deslumbrar a la muchacha con su lenguaje y elegancia”

Por fin nos retiramos a dormir y yo le devolví sus armas a Hermenegildo, pues me pareció inofensivo con ellas. Apartado con Pedro, cerca de las hamacas, cambiamos impresiones sobre todo lo que nos había dicho aquel grandísimo embustero, no creímos nada de cuanto nos dijo. No pude evitar unas cuantas carcajadas al ver que Carazamba, por primera vez, venía con el bulto de su hamaca en brazos para ponerla cerca de nosotros. “¡Le tengo miedo al. . . tipo ese! dijo “ Al día siguiente cuando despertamos, tuvimos una amarga sorpresa! Don Hermenegildo J. Fuentes Ramírez, había huido durante la noche, llevándose una de nuestras mulas.

XVII

La única mula que juzgó a bien dejarnos el ya famoso Hermenegildo, daba brincos entre los baches, a pesar de que su carga era bastante liviana.

Habíamos tomado otra vez nuestro rumbo primitivo, noroeste, y Pedro trataba de apresurarse más y más. “Apúrense” —nos dijo—. “...Hay que llegar al Santa Mónica antes que se vayan corriendo las patrullas más al norte, y echen de ver que nos estamos filtrando entre ellos”. A pesar de los esfuerzos de Pedro, ya estaba la tarde muy avanzada. Cuando el campamento estuvo instalado, tomé un jabón y me alejé. Esa noche, María (el verdadero nombre de Carazamba) tuvo fiebre altísima. Le di dos pastillas de **quinina** y una aspirina con café caliente. Tan alta tuvo la fiebre, que estuvo delirando. “Cálmese, cálmese por favor” —le decía— “En aquellos instantes, temí por su vida porque la fiebre la consumía. Fui a empapar un trapo en la fresca agua del arroyo y se lo puse en la frente.

XVII

Esa noche encendimos fuego en un paraje hermoso y salvaje. Previsoramente, Pedro fue a reforzar el lazo de la mula, para evitar que huyera. Estaba muy inquieta. Aquella noche comimos parcamente, tratando de economizar los víveres. “¿Que pasa Pedro? -le dije... Con el permiso de usté, le voy a decir una cosa. Mientras esa mujer ande con nosotros, la “negra” vendrá también trotando a nuestro lado, rumbiando por onde vayamos. . Trae mala suerte esa mujer. “¡Cállate Pedro! “—corté, si esa es tu idea, ¡mejor te largás! ... Me llegué hasta la hamaca de María, temeroso de que hubiera oído lo que se habló.

Escuché unos ruidos, y cuando viré en redondo frente al fuego, pude ver al tigre. Era un animal enorme y estaba pegado sobre el lomo de la mula. Hice mi primer disparo. El tigre saltó al suelo al instante y, cuando iba a lanzarse sobre Pedro, que era el que más próximo estaba, disparé

dos veces casi sin interrupción. Pedro se le aproximó despacito, alistó el machete por si aún vivía. Y fue con la mula que se había quedado quieta, temblando de espanto. Con cuidado la tomó por el lazo y le habló cariñosamente. La mula estaba viva pero hecha una lástima, e iba a costarnos un gran trabajo el cargarla sin lastimar aquellas horrendas heridas.

El tigre tenía fascinada a Carazamba. ¡Ojalá pudieran quitarle la piel! ¡Es tan hermosa! ¡Me gustaría tenerla! Con Pedro dispusimos pelarlo esa misma noche. Mientras lo hacíamos, mi capataz me sonreía con toda la franqueza y bondad de siempre. Yo me avergoncé al tropezar la mirada con la suya, recordando nuestra última escena.

XIX

Apenas una mañana llevábamos alejados del campamento en donde el tigre quedó para alimento de los zopilotes,

cuando la selva nos reclamó de nuevo. La pobre mula iba cabizbaja (triste) y enferma. Avanzábamos en fila india, como siempre, y Pedro iba adelante. De pronto lo vi detenerse en seco y lanzar un grito terrible.

-“¿Qué te pasa, Pedro? –pregunté. No me contestó, mientras, iba acercándome a él por detrás. De pronto vi que extendía la pierna sobre el tronco y se arremangaba el pantalón... Aún no comprendí claramente aquella atrocidad, pero algo dentro me hizo gritar: ¡No! ... ¡No! ... Entonces Pedro levantó el machete en alto. ¡Apúrese patrón! —Me dijo Pedro, con una voz que venía de ultratumba—¡Era un coral! ¡Apúrese, apúrese, que me desangro! Me tambaleé, recuerdo que me quité el cincho y con él le sujeté la pantorrilla húmeda y lodosa... Mis manos se inundaron de un líquido viscoso y cálido que saltaba por todos lados. Apreté con furia hasta oír crujir el cuero. Luego, lo até lo mejor que pude. Hasta que Pedro gimíó... “Que me va a quebrar el hueso” —me dijo

jadeante. ¡“Carazamba “! —le grité con voz espantosa. Encienda fuego, pero pronto, pronto... ¿Me oye? ... Échele alcohol al monte para que encienda ligero... ¿Me oye?

¡El machete había cortado el pie en diagonal, de un tajo tan tremendo que el hueso había cedido como un tallo de caña tierna! Tomé la **cantimplora** y serví medio vaso de agua al que le agregue otro tanto de alcohol. Regresé a la hoguera que ya ardía con intensidad y palpé el machete por el mango. Estaba caliente, pero la hoja aún no se alteraba. Por fin, fui sacando el machete con la ayuda de un envoltorio de trapo, ya que hasta el mango de cuerno olía a quemado. Tan sólo una cuarta, de la punta para arriba, estaba rojiza, pero no quise aguardar más...“¡Bueno viejo! “—le dije suavemente—. “...!Tenés que aguantar más todavía! ... ¡Cerrá los ojos y no veás lo que te voy a hacer!

Sin perder más tiempo, apliqué la candente hoja en su

carne viva. Pedro lanzó un grito mortal y sentí cuando su cuerpo entero se sacudía en una horrible **convulsión**, pero no hizo esfuerzo alguno por retirar la pierna.

La vida de Pedro pendía aún de un hilo, no sólo por el peligro de una hemorragia o de gangrena sino por el propio veneno, si es que éste había logrado circular en cantidad antes de la mutilación.

¡No, malvada! “Era la voz jadeante de Pedro, débil y moribunda. . . —Oí que decía en un susurro agonizante— “... ¡Suélteme, déjeme!... ¡No me suelte el torniquete! ... ¡El patrón la va a matar por esto! Carazamba estaba sobre Pedro, luchando por soltarle las ligaduras. “¡Bandida, bandida! “ —lo oí jadear “¡Con que querías que muriera, perro cochino! “ —Oí que decía la mujer entre jadeos -¡ya verás tú quien es el que se muere!

De un salto me planté al lado de Carazamba y la tiré del

pelo hasta levantarla, solté el machete y me dirigí a Pedro. Estaba mirando la escena con ojos espantados. ¡Por Dios, patroncito! —Me dijo sollozando— ¡que la va a matar! ¡Déjela por Dios!

Después, algo se rompió en mi garganta y me tiré boca abajo al lado de Pedro, sollozando convulsivamente.

XX

Aquella noche fue la más amarga y terrible de cuantas viví en la selva. Transporté en brazos a Pedro hasta el pie de una enorme ceiba. Le di a tomar dos aspirinas para aliviarle el horrible tormento de aquella amputación salvaje. Carazamba se había desmayado a consecuencia de la tremenda paliza que recibiera. No había tenido tiempo de analizar aquella horrible tormenta de sucesos, pero mi espíritu sentía un gran alivio ¡Ni por un instante tuve lástima de aquella mujer! Sentí lástima por Pedro y por mí mismo.

Tiempo después, le quité a Pedro las ligaduras de la pierna, para evitar la gangrena. Dos días y dos noches nos quedamos en aquel lugar horrible, cuidando yo a mis enfermos lo mejor que pude. Y seguimos adelante. Con emoción nos acercamos a un lugar donde una gran playa arenosa se extendía, y el río apareció en todo su esplendor.

Decidimos acampar en la playa y extender nuestras hamacas en la arena. Me quedé despierto, fumando tranquilamente y escuchando la respiración calmada de Pedro y Carazamba que dormían en sus chamarras.

XXI

La mañana siguiente, ya estábamos en pie. Era un día esplendoroso. El Santa Mónica lo conocía Pedro desde lejanos días de chiclero. Con la ayuda de su muleta, se puso a recorrer la playa, tratando de reconocer el lugar adonde habíamos ido a desembocar.

Por fin regresó, con expresión alegre en su rostro: “No hay duda que tuavía sirvo pa rumbero” !Salimos di una vez al Pasión! De aquí pa la desembocadura habrá, si acaso, unas tres leguas”. Iba paso a paso, por la orilla en busca de un cayuco. En una hora llegué a la par de la aldea. El espacio de la ranchería era despejado y limpio. En la orilla había varios cayucos que se mecían al soplo del viento y escogí uno, el más alejado de los ranchos y el más grande. Me dominé en la proa y con gran esfuerzo logré meterme adentro. Comencé a remar hacia el centro.

XXII

Media hora más tarde estábamos listos para despegar de la playa. Un ruido se hizo muy intenso y el oleaje más violento. ¡Y fue aquel ruido lo que impidió que oyéramos el de nuestra perdición! Era una lancha a motor. Casi al mismo tiempo nos vimos los tripulantes de ambas embarcaciones y rápidamente distinguimos los cañones de los rifles de sus ocupantes.

Algo pasó silbando sobre nuestras cabezas. Pronto, una lluvia de balas comenzó a caer a nuestro alrededor en el instante en que el cayuco enterraba su proa (parte delantera del cayuco) en un banco de **camalotes**. De un salto salí de la canoa, ayudé a Pedro a que se arrastrara hacia afuera y se colocara la muleta. Carazamba traía los cinturones con los machetes y las pistolas y yo cogí el manojó, los rifles y la escopeta. Nos metimos entre el monte.

Pedro saltaba con dificultad ¡Corran, patroncito! “—me decía desesperado “¡Váyanse ustedes dos, corriendo! Era imposible continuar así. Media hora después, nos detuvimos. Pedro había caído al suelo y no podía levantarse más. La muleta yacía a su lado, quebrada en dos. ¡Déjenme y váyanse!” —nos decía. Tal vez todavía sea tiempo. Pero desgraciadamente ya era tarde. De pronto, una voz sonó rotunda e imperativa

— ¡Ríndanse a las fuerzas del gobierno! y ¡Después, comenzó el infierno! Por todos lados tronó el monte en una balacera tupida, y los proyectiles arrancaban grandes trozos a los árboles que nos servían de muro para escondernos. Se iban aproximando a nosotros y era un suicidio intentar asomarse. Entonces decidí que saldría corriendo, disparando mi automático. Sin decirles a mis compañeros. Empecé a disparar y sentí un golpe terrible contra el pecho y caí de espaldas, quise incorporarme pero no pude. Algo tenía atravesado en el pecho que me quemaba y no me dejaba respirar. . . Entonces oí el grito de Carazamba, y sentí que me tiraba por los brazos y sólo así pude arrastrarme sin soltar el arma. Luego, sentí su mano hurgándome el pecho y abriéndome la camisa...

La vista se me nublaba. Bajé los ojos y vi el pecho lleno de sangre. Carazamba se arrojó sobre mí y decía: “¡Amor mío, amor mío!” —escuche débilmente que me decía—. . . ¡No me dejes, no me dejes! . . . De pronto oí que cargaba

el rifle y, de pronto la 300 Savage comenzó a rugirle a la montaña. “Vengan a pelear, malditos “—gritaba Carazamba. ¡Vengan cobardes! Y el 300 Savage seguía disparando. ¡Bájese del tronco! gritaba Pedro desesperado. “¡Bájese de allí, que la van a matar!” De pronto, Pedro gritó y un bulto cayó al fondo de nuestro escondrijo. Al instante sentí de nuevo el rostro de la muchacha junto al mío. Vi sus enormes ojos y sentí que su alma penetraba hasta la mía en aquella mirada ... respiraba penosamente y pude verle un hilo de sangre bajarle por la comisura del labio. Carazamba dijo: “¡Así es mejor, así es mejor! ¡ Amor. .. querido! Los dos juntos... los dos...”

XXIII

Los hombres se preocuparon de encarcelar mi sufrimiento animal pero no pudieron. ¡Tres años estuve en la cárcel! Hace solamente dos meses que salí en libertad. He vuelto a ver amigos y he recibido la amistad de pocos, la

comprensión de algunos, la desconfianza y el temor de muchos. . . Lo que no supieron nunca, ni mis carceleros ni mis jueces, fue de mi sufrimiento. Mi tortura iba ida y vuelta tras la huella de un amor que se perdió en la trágica selva...

Estoy libre porque mi santa madre movió cielo y tierra y porque mi dinero fue maravilloso. Estoy libre porque todos, los testigos presenciales declararon en mi favor. ¿Qué sabía yo de Carazamba? ¿Qué sabía yo de lo que estaba dentro de su alma? ¿Sabía yo, acaso, qué designios divinos cumplieran en ella? ¡Pero lo que sí supe fue su inmenso amor, eso que era mío porque ella me lo entregó, a mí, al único! ¡Y yo, estúpido ciego, le negué la limosna del mío!

Pedro, el eterno y fiel Pedro, fue el que salvó mi vida física. En premio a su lealtad, los jueces lo condenaron a un año de cárcel. Durante ese tiempo conversamos tanto.

Me relató punto por punto, todo lo que sucedió después de que me hirieron.

A Carazamba la sepultaron en la selva. . . Pedro se preocupó de que la sepultura fuera bien honda y él mismo colocó unas piedras en forma de montículo sobre ella, y clavó una cruz. Pedro abandonó la cárcel al año justo y, desde entonces no vivió sino para ver qué hacía por mí y por sacarme, visitándome todos los días que se lo permitieron, llevándome siempre el consuelo de su recia y noble amistad.

El futuro es incierto e invisible. ¡Sólo el pasado es nuestro! Cuando vuelva a mi tierra, rumbearemos de nuevo con Pedro. Llegaré al Sarstún y le diré: “¡Siempre pa delante! Entre el Pasión y el Santa Mónica, hay una tumba anónima, con una cruz. Llevaré un nombre con letras de bronce para incrustarlo en ella. ¡Será breve y sencillo! Dirá solamente: ¡María!

Extracto del libro

El mar rutilaba de sol y no había diferencia entre éste y el cielo immaculado. El azul profundo del firmamento se diluía en el horizonte en un tono más pálido pero intensamente brillante y por allí también el mar cambiaba su azul por un verde esmeraldino. Ni una ola rizaba la tersa superficie por donde el vaporcito iba rasgando su curso entre un suave lamento de agua desgarrada y una hemorragia de perlas cual si la quilla fuera una cuchilla impecable cortando una tela de seda finísima.

De vez en cuando como flotando en el agua, aparecían los cayos, cubiertos de cicales y palmeras. . . El verdor entonces parecía más intenso, como si el color tratara allí de superarse para no quedar esfuminado en el azul luminoso del Caribe. Por entre estos islotes pasaba el vaporcito dejando una huella blanca, como de agua empolvada . . . Los curricanes saltaban de vez en cuando fuera de la superficie, remolcados cien varas atrás y los pescadores nos turnábamos en las cañas, ya que iban tendidas solamente dos para evitar enredos en las cuerdas.

Comprobación de lectura

1. ¿A quiénes mató Carazamba?
2. ¿Cuál es el nombre del señor que les robó la mula?
3. ¿Por qué crees tú que a Pedro y Carazamba no simpatizaban?
4. ¿Cómo perdió Pedro su pie?
5. ¿Cómo murió Carazamba?

Glosario

Atalayaba: De atalayar, vigilar, espiar

Camalotes: Plantas acuáticas, abundan en las orillas de ríos, arroyos, lagunas, etc.

Cantimplora: Frasco, vasija, garrafa. Tipo de recipiente que se utiliza para llevar bebida para consumo humano, frecuentemente por excursionistas, campistas, militares y trabajadores del campo.

Convulsión: Espasmo, estremecimiento, relacionado con epilepsia. Síntoma transitorio caracterizado por actividad neuronal en el cerebro que conlleva a hallazgos físicos peculiares como la contracción y distensión repetida y temblorosa de uno o varios músculos de forma brusca y generalmente violenta.

Mecapal: Faja con dos cuerdas en los extremos que sirve para llevar carga a cuestras, poniendo parte de la faja en la frente y las cuerdas sujetando la carga.

Quinina: Medicina. Es una sustancia blanca, amorfa, sin olor, muy amarga y poco soluble, que se emplea en forma de sales.

Palabras: 6,420

Imágenes: Shutterstock

Fuentes:

Biografía:

http://es.wikipedia.org/wiki/Virgilio_Rodr%C3%ADguez_Macal

Libro:

<http://diariodelgallo.files.wordpress.com/2011/02/virgilio-rodriguez-macal-carazamba.pdf>

<http://es.scribd.com>